

lectores y estudiosos/as del contenido de los diferentes números ya publicados anteriormente.

La estructura de este número de la Revista es la siguiente:

a) El *Repertorio bibliográfico*, que muestra por orden alfabético los autores/as, título, localización y un resumen de cada uno de los artículos.

b) *El Índice de autores/as*, que ofrece un listado de los autores/as principales y secundarios de los diferentes artículos.

c) *El Índice permutado de materias*, que incluye los encabezamientos de materias de forma encadenada con una síntesis del contenido de los artículos y número de referencia del Repertorio Bibliográfico.

d) El *Índice KWIC* (Key word in context index) se compone de una lista de todos los títulos de la revista por orden alfabético y un número de referencia del Repertorio Bibliográfico.

e) Finalmente, aparece el *Índice KWAC* (Key word and context index), en donde se muestran las palabras clave como encabezamientos, presentándose a continuación los títulos completos y su número de referencia.

Este número especial de *Demófilo* constituye una excelente guía para adentrarse en las numerosas aportaciones que se han ido recogiendo en las anteriores publicaciones de la Revista sobre la etnografía de Andalucía, de una manera clara, concreta y precisa.

Ana ESTEBAN ZAMORA
Universidad Complutense

POLÍTICA DE SEXO

SYLVIANE AGACINSKI, Taurus, Madrid, 1998

La relación entre las mujeres y la política constituye un tema de estudio recurrente en los últimos años. Este libro de Sylviane Agacinski pretende aportar una nueva forma de ver esta relación y la de la mujer con el hombre en general. Para ello, propone una teoría que denomina de la mixitud, con la que se adentra en el estudio de estas relaciones. Agacinski parte de algo que ha definido hasta ahora el pensamiento occidental: la tendencia hacia la unicidad, hacia el uno. Desde este pensamiento, se ha intentado reducir cualquier tipo de diferencia a lo universal, lo único, lo homogéneo. Esta visión ha afectado muy directamente a las mujeres porque reduce su horizonte al modelo masculino hegemónico por excelencia. El pensamiento patriarcal ha desvalorizado a la mujer, estableciendo jerarquías sociales que la situaban siempre por debajo

del hombre. Esta situación es debida, según el discurso de Agacinski, a la hegemonía del pensamiento único masculino. Como la mujer no podía ser exactamente igual al modelo de hombre (ser humano por excelencia) se la ha condenado a la sumisión, a la dependencia y a la infravaloración. Para resolver esta invisibilidad histórica de las mujeres, Agacinski propone la teoría de la mixitud que consiste en la valoración de las diferencias, en el reconocimiento de una existencia humana dual, donde se entienda al ser humano como sexuado: hombre o mujer. Por lo tanto, se estaría defendiendo un modelo dual en tanto que se sostiene que la primera diferencia es la sexual, que viene dada por la biología, que cada cultura se encarga de dotar de significado, y que implica el reconocimiento de mujeres y hombres.

Para poder entender en qué consiste esta teoría de la mixitud, se analiza el androcentrismo como «un medio metafísico de la división» (p. 22). El uno es entendido como lo que une, lo que cierra, mientras que el dos es lo que abre, la distancia. Agacinski afirma que siempre se tiende al uno, a la causa última, al principio y que los seres humanos hemos tendido a reducir lo que era dos a uno. Este hecho implica la dificultad de explicación y entendimiento que entraña la división sexual que es «a la vez natural y cultural, real y simbólica, biológica y psíquica» (p. 23). Partiendo de esta lógica del dos, sostiene la que es su idea principal, la mixitud, que conlleva la aceptación de la mujer como humana que no necesitaría compararse con el hombre. Habla así de la existencia de una humanidad mixta ya que está conformada por hombres y mujeres y es ahora, en las postrimerías del siglo XX cuando se empieza a tomar en consideración una historia mixta. Lo que ha ocurrido en la historia es que a las mujeres se les ha negado su igual y diferente humanidad. Se propone entonces que la mujer se afirme como humana sin necesidad de compararse con el hombre, identificarse con él, ni sentir que le falta nada. En palabras de Agacinski, significa «repensar la mixitud del ser humano». La diferencia de sexos es recreada en la cultura basándose en la naturaleza, lo que provoca que se hagan múltiples versiones de lo que la naturaleza nos da. Así, existirían versiones o expresiones políticas en cuanto a la distribución del poder, expresiones estéticas en referencia a las representaciones de lo masculino y lo femenino o expresiones económicas sobre la división sexual de las tareas. Esta variedad nos muestra que no son expresiones inmutables. A partir de esta diferencia *natural* de los sexos, se generan un conjunto de normas morales, políticas o estéticas. La relación entre mujeres y hombres se caracterizaría por ser de naturaleza política estando en su origen el desacuerdo. El desconocimiento del otro o la otra provoca el surgimiento de normas, lo que ella denomina como «juego».

Ahora bien, para dar contenido y apoyo teórico a esta teoría de la mixitud, Agacinski se basa en autoras como Françoise Héritier, quien señaló la imposibilidad de escaparse de la dualidad sexual ya que independientemente de que

haya valores y contenidos distintos, las diferencias entre hombres y mujeres son un modelo que estructura universalmente las sociedades. Pero además, esta diferencia de los sexos no supone una simetría, sino una jerarquía en la que el masculino se considera superior al femenino. Retomando esta idea de Hérítier, Agacinski propone la transformación de esta jerarquía y su valoración. Y el problema de esta obra que, en mi opinión, tiene un buen punto de partida pero no de llegada, comienza en la exposición de argumentos para alcanzar esa tan deseada valoración de las diferencias.

La valoración del hacer de las mujeres sería la principal demanda por parte de esta autora, pero en ningún momento parece dejar ni siquiera entrever cómo hombres y mujeres pueden recuperar la historia de las mujeres, pasada y presente. Agacinski no volverá a mencionar a ninguna otra autora que haya creado espacios de libertad, que haya hecho genealogía femenina. Por el contrario, se remite a autores claramente misóginos como Aristóteles, Platón o Freud para decir lo equivocados que estaban aunque, de algún modo, les reconoce autoridad, ya que recoge algunos de sus argumentos para elaborar su propia teoría. Critica que se fundamenten en una teoría de la carencia, ya que estudian las diferencias sexuales por la presencia/ausencia de algo, para proponer ella, en cambio, una *lógica de lo mixto* que reconoce las diferencias pero sin jerarquías. Esta lógica reconoce que lo humano es necesariamente masculino o femenino, pero sin que una versión sea la negación de la otra. Así, «ni el hombre ni la mujer son todo lo humano» (p. 43). Pero desde esta perspectiva, Agacinski nos está proponiendo una teoría de la complementariedad, pretende huir de la teoría de la carencia pero cae en otra que se enmarca en la misma línea. La teoría de la complementariedad sostiene que nadie puede ser entendido como un ser humano completo, sino que necesita de la participación de otra persona para poder constituirse como tal. Y aquí Agacinski estaría dejándose llevar por una visión totalmente heterosexual en la que se entienden las relaciones formadas sólo por hombre y mujer, sin tener en cuenta las relaciones hombre-hombre o mujer-mujer. Desde mi punto de vista, la teoría de la complementariedad encerraría los mismos problemas que la teoría de la carencia, ambas se basan en los mismos postulados ya que dualizan la experiencia en departamentos estancos, sin permitir la salida de las riquezas de las experiencias personales que se conforman en sociedad pero no necesariamente en relaciones de a dos siguiendo el modelo chico-chica. Además, sorprende que Agacinski reconozca estar sosteniendo una visión heterosexual justificándolo en que hay una dependencia *natural* de un sexo sobre el otro. Así, afirma que la homosexualidad «es un accidente, una excepción que confirma la regla» (p. 91). Parece entonces no conceder valor a las diversas experiencias de mujeres y hombres, la complementariedad sólo podría ser alcanzada con la heterosexualidad que es la única y verdadera humanidad. Así, se insiste en la ruptura de la visión nostálgica-

ca del «uno» para aproximarse al «dos» es lo que denomina como «angustia de la mixitud», ya que cada persona se enfrenta a su propia insuficiencia y no puede pretender ser plenamente un ser humano.

Para ello, aboga por dejar el feminismo a un lado y que se vaya más allá, al menos en Occidente, ya que parece que no se va a alcanzar nunca la pretendida liberación total. Según afirma, parecería más factible ser conscientes de las diferencias, no intentar una similitud, y tender a considerar una humanidad mixta, conformada por los dos sexos. Aquí Agacinski parece querer abandonar la lucha por la igualdad con los hombres, no porque crea que no es lo que las mujeres quieren, sino por la imposibilidad de llevarla a cabo. No se plantea en este momento que quizás las mujeres no pretendan la homologación con los hombres y que no quieren alcanzar la liberación, sino ser libres por ellas mismas, creando sus propios espacios de libertad sin que nadie las tenga que hacer libres. Sin embargo, desde mi punto de vista, precisamente lo positivo de esta propuesta de la mixitud es el reconocimiento de la diferencia de las mujeres respecto a los hombres y que se apunte una forma distinta de entender la sociedad en cuanto que mixta.

Por otro lado, Agacinski hace un rápido recorrido del feminismo, con el que no parece sentirse muy identificada pero del que recoge distintos elementos. El tema del handicap natural esbozado por Simone de Beauvoir como una de las principales causas que explicarían la subordinación de las mujeres a lo largo de la historia, es de los más polémicos para Agacinski. La mujer está doblemente enajenada para Beauvoir: en primer lugar, porque históricamente se le ha encerrado en un rol muy determinado que le ha obligado a aparecer como objeto pasivo, y en segundo lugar, porque en el propio origen de la mujer hay una enajenación ya que ella considera que está «biológicamente atrapada», de modo que las mujeres son pasivas por naturaleza y la sociedad ha ayudado a mantenerlas en esta situación. Agacinski critica en este punto que Beauvoir desvalorice totalmente el hecho de ser madre justificando todos los pares de opuestos sustentados por el patriarcado, en vez de cuestionar la jerarquía del pensamiento binario, que es lo que intenta Agacinski. Para ella, la maternidad es vista como una forma de libertad, reivindicando que ésta sea reinterpretada como un poder y como una fuerza. Esta es una idea que distintos grupos de mujeres han señalado en las últimas décadas¹. Se trata de ir más allá del pensamiento de Beauvoir para que las mujeres se piensen a sí mismas desde su libertad, siendo una de las piezas clave de la libertad femenina la posibilidad de ser madres.

¹ Véanse autoras como Luisa Muraro (1994): *El orden simbólico de la madre*. Horas y Horas, Madrid; M.^a Milagros Rivera (1990): *Textos y espacios de mujeres*. Icaria, Barcelona; Ana M.^a Piussi (1996): *Saber que se sabe*. Icaria, Barcelona.

También se refiere Agacinski a dos formas de entender el feminismo: el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia. El primero es identificado como universalista ya que ha adoptado los valores y modelos masculinos sin discusión, tendiendo hacia éstos y dejando de lado y minusvalorando el hacer de las mujeres. Incluso llega a afirmar que la «lógica universalista» no ha superado el androcentrismo tradicional, sino que más bien representa su forma moderna. Del feminismo «universalista» pasa a criticar lo que denomina como «feminismo radical» que, según ella, exalta de forma muy narcisista los cuerpos y deseos femeninos. Aquí incluye a autoras como Hélène Cixous, Catherine Clément o Luce Irigaray. Este feminismo echaría la culpa de la opresión sufrida por las mujeres a la heterosexualidad y apostaría, en cambio, por la homosexualidad. Creo que esta forma de describir el pensamiento de la diferencia sexual por parte de Agacinski es bastante superficial, ya que parece reducir dicho pensamiento a una orientación sexual determinada, sin valorar sus aportaciones de las que ella después recoge elementos. En ningún momento hace mención a la genealogía femenina sobre la que han trabajado estas autoras ni tampoco da cuenta de la importancia de las relaciones entre mujeres como modo de formar espacios de libertad, o del interés de estas pensadoras por el orden simbólico de la madre como fuente primera de vida y de sentido de la experiencia. Agacinski parece querer poner tierra por medio entre su teoría y la de estas pensadoras cuando en realidad muchas de las ideas que expone están tomadas, en parte, de ellas.

Finalmente, después de criticar ambos feminismos, sostiene la necesidad de desarrollar el pensamiento de la mixitud caracterizado como un pensamiento postfeminista. De lo que se trata entonces es de «politizar la diferencia de los sexos», trabajar por reinventar el sentido de esa diferencia. Se representa la humanidad como una unión de dos versiones distintas de ésta. En este punto de la obra reseñada aumentó la confusión de la que esto escribe, ya que ¿no está, en cierto modo, volviendo a la unicidad de la que ella trata de huir?.

Después de haber analizado las visiones sobre las relaciones entre las mujeres y los hombres y puesto sobre la mesa el hilo conductor de su propuesta, la lógica de la mixitud, analiza lo que significa la democracia paritaria y cómo las mujeres pueden y deben introducirse en la política y las instituciones. Pero en esta última parte creo que la autora se pierde en las disquisiciones políticas y filosóficas al tratar de analizar múltiples conceptos que tratan de mostrar a la lectora o lector las bondades de la democracia paritaria. De este modo, señala que no puede existir una «guerra de sexos» cuando la guerra es un medio que emplean los hombres y no las mujeres. Lo que utilizarían las mujeres como «arma de guerra» sería la palabra, que es «su forma de ser violentas». Así, se muestra la asimetría entre la violencia del hombre, que sería siempre para poseer a la otra, y la de la mujer, que sería un acto de liberación de su

opresor. Para Agacinski, en vez de una guerra de los sexos, habría que cambiar hacia una asociación de los sexos que se explicaría por la necesidad de unas y otros, habría una dependencia entre ambos que proporcionaría a los dos sexos una dimensión política. Este análisis de Agacinski sobre la asociación de los sexos pretende servir como base a su teoría de la dependencia, pero creo que se queda en un mero intento por su falta de argumentación. Desde mi punto de vista, la idea de liberarse del opresor es totalmente defendible y mejor es que haya una asociación que una guerra, pero no puede basarse en que la palabra utilizada por las mujeres sea violenta (con lo que estaría equiparando la violencia de unas y otros) y que haya sido utilizada como arma de guerra. Más bien, las mujeres han utilizado la palabra como forma de expresión y de creación de libertad, como un modo de afirmarse en sociedad como mujeres y seres humanos sexuados. La palabra es el cauce que las mujeres han usado para significarse, para darse a conocer a la sociedad y a sí mismas, pero no de una forma violenta sino como una forma de relación, de nexo de unión entre las mujeres y de éstas con los hombres. En este punto, me gustaría hacer una llamada de atención acerca del lenguaje utilizado, puesto que no hay una representación de las mujeres, un decir en femenino.

Al final de esta parte, se introduce el término de paridad como un principio que permitiría a las mujeres entrar en las instituciones políticas en tanto que mujeres y no emulando a los hombres. El miedo que ahora existe por parte de algunos grupos al establecimiento de la paridad se reduciría al temor de que el país se divida, es ese miedo que Agacinski nombra numerosas veces como miedo al fin de la supuesta unicidad humana.

En conclusión, Agacinski trata en *Política de sexos* de dar cuenta de una teoría de la mixitud que se caracterizaría por el reconocimiento de la dualidad humana. Se intenta dejar atrás la obsesión por la unicidad que ha existido siempre en el pensamiento occidental para abrazar la idea del dos, de la dualidad. Pero en este intento, el libro presenta algunas carencias, ya que se pasa demasiado deprisa por ciertos conceptos que hubieran necesitado de un análisis más profundo. En todo caso, no se trata de restar valor a la aportación que indudablemente representa, como ocurre, por ejemplo, con su llamada de atención hacia la necesidad de reconocer una humanidad sexuada y, por lo tanto, a la experiencia de las mujeres, sin tener como modelo lo masculino. Por otro lado, también me parecen interesantes sus reflexiones sobre la paridad, que tratan de justificar su aplicación en un país como Francia, donde el porcentaje de mujeres que son representantes políticas elegidas candidatas en las urnas, es de los más bajos de Europa.

Ana ESTEBAN ZAMORA
Universidad Complutense